

siempre consiste en obras, aquellas que son acomodadas al estado que tiene; pero la caridad perfecta las abraza á todas. Porque esta tal caridad se funda en el dolor de los pecados, en el propósito de la enmienda, en el cuidado de huir las ocasiones, en la castigacion del cuerpo y mortificacion de las pasiones, y en el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de la santa Iglesia, y de las obligaciones del estado de cada uno, que son todas obras de caridad incipiente. Y fundada sobre estas obras, se sustenta del ejercicio de todas las virtudes y de los actos de ellas siempre que se ofrece la materia y la ocasion, que por eso se dice ¹, «que la caridad es paciente, benigna, mansa, humilde, que no es envidiosa, ni ambiciosa, ni maliciosa, que lo cree todo, y lo espera todo, y lo sufre todo;» porque atribuirle á la caridad el ejercicio de todas estas virtudes, es decir que de todas se sustenta y crece con ellas. En los proficientes asimismo las obras de que se sustenta la caridad son todas las que pertenecen al cumplimiento de la divina voluntad, donde entra el cuidado de conocer y averiguar lo que en cada materia es á Dios más agradable para cumplirlo. Y por consiguiente, obras son en que se descubre el verdadero amor, abrazarse con todos los consejos del Evangelio, y ajustarse el religioso con sus reglas y sus obediencias, en las cuales tiene declarada la voluntad divina. En este número entra el exhortar á los tibios, el enseñar y aconsejar á los ignorantes, consolar á los tristes, corregir los inquietos, y otras semejantes, que aunque parecen palabras, en nuestro propósito son obras, y muy excelentes, con que crece la caridad; la cual cuando ha llegado á su perfeccion,

¹ I Cor. XIII, 4, 5, 7.

inclina y mueve con mayor fuerza á las mismas obras en que se funda y de que se sustenta. Porque así como un fuego poderoso nunca se harta con la leña que le aplican, porque crece con ella; así la caridad nunca se cansa de obrar, porque crece con las mismas obras, ni descansa sino es en la union con Dios; y por eso despierta y solicita á los ejercicios de la via unitiva, de los cuales diremos en su lugar.

CAPÍTULO XIII.

QUE LAS OBRAS EN QUE CONSISTE EL AMOR HAN DE SER DE MUCHA COMUNICACION ENTRE LOS AMANTES.

DE dos notas ó advertencias que puso nuestro santo Padre por fundamento del ejercicio del amor, hemos declarado hasta aquí la primera, conviene á saber: *Que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras; resta declarar la segunda: Que el amor consiste en comunicacion de las dos partes, es á saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene, ó de lo que tiene, ó puede, y así por el contrario, el amado al amante. De manera, que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas, y así el otro al otro.* Esta doctrina parece dificultosa, no solamente de entenderse, pero mucho más de practicarse, si es así que ha de trabar amistad el hombre con Dios, y la criatura con su Criador. Porque las menguas y necesidades del hom-

bre son muchas y muy conocidas, y muy ilustres los beneficios que le hace Dios para suplirlas. Pero ¿á Dios qué le falta? Y cuando le faltara ¿quién se lo pudiera suplir y remediar á aquel Señor, que por eso es nuestro Dios, porque no necesita de nuestros bienes? Y es así que esto que parece dificultad, no lo es para los que entienden el lenguaje del amor; porque esta comunicacion de bienes, no es otra cosa que tener amor y obrar por amor, lo cual se puede ejercitar de muchas maneras. Lo primero, amar á Dios es quererle bien; y ¿qué otros bienes le podemos querer á Dios, que los bienes propios suyos? Porque él es todo el bien, y el infinito bien, y la fuente de toda bondad. Querer bien á Dios, es quererle su bondad, quererle su omnipotencia y su sabiduría, quererle su justicia y su misericordia, y quererle que sea quien es, alegrándonos de todo su bien, y queriéndoselo bien; así como si nosotros se lo pudiéramos dar, aunque para dárselo fuera necesario deshacernos á nosotros mismos.

Lo segundo, si bien es verdad que á Dios nuestro Señor de sus puertas adentro, ni le falta, ni le puede faltar nada, sino que es sufficientísimo, sin tener necesidad de mendigar nada de sus criaturas; pero respecto de lo que nosotros le debemos le faltan muchas cosas, no porque la falta esté en él, pero está en nosotros, que no cumplimos con las obligaciones que le tenemos. Fáltale la honra, porque no se la damos; fáltale la obediencia, porque se la quitamos; fáltale el amor, porque no se lo tenemos, de lo cual se queja por un profeta diciendo ¹: «El hijo honra á su padre y el siervo á su Señor; pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honra, y si soy

¹ Malach. I, 6.

Señor, dónde el temor y respeto que me teneis?» Pues así como le quitamos á Dios la honra y el amor y la obediencia que le debemos; así por el contrario se la podemos dar á costa de nuestra honra y nuestro regalo, y á costa de nuestra salud y comodidad, como está escrito en el Apocalipsi ¹: «Que cuando los cuatro animales daban honra y gloria y bendiciones al que estaba sentado en el trono y vive por todos los siglos, los veinte y cuatro ancianos se postraban y adoraban al que vive por todos los siglos, y se quitaban las coronas de sus cabezas, y las arrojaban delante del trono de la divina Majestad.» ¿Qué era todo esto sino perder de su descanso cuando se levantaban de sus sillas, perder de su autoridad cuando se postraban, perder de su honra y de su reino cuando se quitaban las coronas? y todo esto hacian por dar la honra, y la obediencia, y el reino al que estaba sentado en el trono; mostrando en esto la verdadera caridad que tenian para con Dios, que se extendia á las obras y á la comunicacion de sus bienes.

Añado á este otro ejercicio de amor con que pueden los hombres, de los bienes que tienen, suplirle á Dios los que le faltan. Porque despues que Dios nuestro Señor se hizo hombre y cabeza de los hombres, hizo suyas todas las necesidades y menguas de los hombres, como menguas y necesidades de su propio cuerpo. Y así le falta el vestido en el desnudo y el manjar en el hambriento; fáltale la posada en el peregrino y el regalo en el enfermo y la sepultura en el muerto; y de la misma manera le falta el consejo en el ignorante y el consuelo en el que está triste, y así en las demás obras de misericordia. Por lo cual dijo el mismo Señor ²: «Lo que hi-

¹ Cap. IV, 9, 10.—² Matth. XXV, 40.

cistes con uno de estos pequeñuelos, conmigo lo hicistes.» Aquí se nos abre un espaciosísimo campo para hacer algun retorno á Dios nuestro Señor, de su amor y de sus beneficios, dándole lo que le falta y nosotros tenemos, y ejercitando en las obras de misericordia actos de excelentísima caridad; pues cuando hacemos bien al prójimo, no miramos al prójimo en sí, sino á Cristo nuestro Señor en él.

Mas porque no parezca que estrechamos el ejercicio del amor á solas las obras de misericordia, con que remediamos las miserias ajenas, consideremos que algo les faltó á las pasiones de Jesucristo, que podemos nosotros suplir con las nuestras. Sentimiento fué este del apóstol san Pablo, el cual escribiendo á los colosenses dice así: «Estoy alegre de lo que padezco por vuestro respeto, y cumplo en mi carne lo que falta á las pasiones que Jesucristo padeció por su cuerpo, que es la Iglesia, cuyo ministro me ha hecho á mí, segun la dispensacion de Dios que tengo para con vosotros.» Las cuales palabras son de muy fervorosa caridad, cual la deben tener los ministros del Evangelio. Y de ellas se saca manifiestamente, que algo les falta á las pasiones y trabajos de Jesucristo, lo cual puedo yo suplir con mis propios trabajos y pasiones, y en lo cual puede haber mucha correspondencia y comunicacion de amor. Y pues es cierto que no le faltó nada á la pasion de Jesucristo, para ser abundantísimo precio de nuestro rescate, veamos qué sentido tienen estas palabras del Apóstol; porque es tanto como si dijera: Para que el mérito de la pasion de Jesucristo se aplique con efecto á los infieles y pecadores, es necesario predicar, peregrinar y padecer muchas contra-

¹ Col. I, 24, 25.

dicciones y persecuciones; éstas le faltaron por padecer á Jesucristo para santificar todo su cuerpo, que es la Iglesia, y éstas cumplo yo por él con mucha alegría, á costa de las pasiones de mi cuerpo. Porque en ausencia del capitan general, así como su teniente gobierna el ejército en su nombre, y como si fuera su persona; así recibe en su cuerpo los golpes y heridas que habia de recibir su capitan, si estuviera presente. Pues luego yo que predico y gobierno la Iglesia en nombre de Jesucristo, tambien padezco en mi cuerpo la hambre y la sed, las cárceles y prisiones que hubiera de padecer Jesucristo, si estuviera presente. Y esto que le faltó por padecer á él para la conversion del mundo, lo padezco yo de muy buena gana en mi cuerpo por él. Donde se ve la excelentísima caridad que pueden ejercitar los que trabajan en los ministerios espirituales de la conversion de las almas, no solamente por el grande bien que hacen á sus prójimos, sino tambien por el grande bien, digámoslo así, que hacen á Jesucristo Señor nuestro, excusándole de nuevos trabajos, y tomando sobre sí lo que le faltó á él por padecer para la conversion del mundo.

Pueden tener tambien otro sentido estas palabras del Apóstol, en que se descubre otro ejercicio de caridad más general para todos los cristianos, presuponiendo que el cuerpo de Jesucristo, que es su Iglesia, ha de ser en todo conforme á su cabeza; «porque los que Dios predestinó, quiso que fuesen conformes á la imagen de su Hijo; de manera que si padecemos con él, seremos glorificados juntamente con él!» Y de aquí es, que aunque á la pasion de Cristo, cuanto á su persona, no le falta nada, pero á la pasion de Jesucristo, cuanto á su

¹ Rom. VIII, 29, 17.

cuerpo místico, fáltale todo lo que han de padecer sus miembros, para que por la comunicacion de estas pasiones la Iglesia quede hermosea, sin mancha ni ruga ni cosa semejante, sino que sea santa é inmaculada, y á la medida de la gracia venga á tener parte en la gloria ¹. Pues esto que le falta á Jesucristo por padecer en su cuerpo místico, lo cumplo yo en el mio por la parte que me toca, haciéndome semejante á él en las pasiones, para serlo en la gracia y en la gloria. Declaracion fué esta de santo Tomás, el cual en los Comentarios de este lugar, dice así: Estas palabras en la superficie podian tener algun mal sentido de que la pasion de Cristo no era suficiente para la redencion del mundo; pero hase de entender que Cristo y su Iglesia son una persona mística, cuya cabeza es Cristo, y los santos son sus miembros; pues luego esto era lo que faltaba, que así como Jesucristo habia padecido en su cuerpo, así padeciese en Pablo como en miembro suyo. Esto dice santo Tomás. Luego tanto es decir, cumplo en mi cuerpo lo que falta á las pasiones de Jesucristo, como si dijera: Yo le amo y le quiero bien, y el bien que le quiero es, que su cuerpo místico, por ser suyo, sea en todo semejante con su cabeza en las pasiones, para que lo sea en la gloria; y esto lo procuro en mí, que es la parte que me toca de este cuerpo; de manera que padezco de buena gana, no por mi interés, sino por suplir lo que le falta por padecer en su cuerpo místico á Jesucristo. Y mi gracia y mi gloria, no tanto las miro y procuro por ser bienes míos particulares, cuanto por ser gracia y gloria del cuerpo de Jesucristo, al cual deseo todos los bienes más que á mí mismo.

¹ Eph. V, 27.

De aquí se saca que puedo ejercitar el amor de Dios en los bienes que me hago á mí mismo, no menos que en los que hago á mi prójimo; porque así como doy el vestido al desnudo, y el manjar al hambriento, como si se lo diera á Cristo nuestro Señor, imaginando que le falta á él lo que falta á su cuerpo místico, y de la misma manera doy el consejo al ignorante, y el consuelo al triste, y hago cualquier otro oficio en provecho espiritual del prójimo; y entonces se dice que lo hago por amor de Dios, cuando le miro como á miembro de Jesucristo, y no tanto miro la persona particular del pobre y necesitado, cuanto á Jesucristo, á quien veo que le falta en sus miembros lo que yo le puedo dar; eso mismo sucede en todos los oficios que yo hago para conmigo mismo, tocantes al gobierno del cuerpo ó del espíritu, que sean actos de alguna virtud; porque entonces pertenecen al ejercicio del amor, cuando los hago no mirando mi bien particular, sino á que sea Dios nuestro Señor glorificado en mí como en criatura suya y miembro de su cuerpo, dándole de esta manera lo que veo que le falta en mí.

Y no solamente es amor darle al amado lo que le falta de mis bienes, sino tambien tomar sobre mí sus males; porque excusarle de algun mal, es manifiestamente hacerle bien, principalmente cuando yo me ofrezco á padecerle por él. Cuán grande amator de los hombres se haya mostrado, cuanto á esta parte, Jesucristo nuestro Señor, no hay para que ponderarlo en este lugar: basta decir que de todo lo dicho se saca que tenemos gran materia y grande ocasion para hacer este mismo oficio con este Señor, así en lo que padecemos por ayudar á nuestros prójimos, como en otras penalidades y trabajos personales que nos suceden. Porque todo lo

que padecemos por el bien de nuestros prójimos, si Jesucristo nuestro Señor estuviera presente lo habia de padecer por ellos, y entramos nosotros en su lugar á padecerlo, haciéndole de dos maneras amistad. La primera, por el bien que hacemos á su cuerpo místico. La segunda, por el trabajo de que le excusamos á él. De la misma manera, y con este mismo afecto de amor, puede y debe cada uno admitir todos los trabajos, enfermedades, deshonras y cualesquiera otras cosas adversas que le sucedieren. Porque Jesucristo nuestro Señor quiere que padezca su cuerpo místico, como padeció su cuerpo natural, y las pasiones de sus miembros las tiene por suyas. Porque sino, ¿por qué le habia de decir á Saulo cuando perseguia á sus fieles: Saulo, Saulo, por qué me persigues á mí? Pues si él quiere que padezca su cuerpo místico, y aquellas pasiones las tiene por suyas, yo quiero tomar por su respeto la parte que me cabe de estas pasiones que él tiene por suyas. El príncipe de los apóstoles san Pedro tratando de esconderse, por persuasion de los fieles, de la muerte que le queria dar el emperador Neron, al salir de Roma se le apareció Jesucristo nuestro Señor, y preguntándole el apóstol: Señor, ¿dónde vais? Voy á Roma, le respondió, á ser otra vez crucificado. Entendió el apóstol que habia llegado la hora en que era voluntad de Dios que él muriese, porque Jesucristo nuestro Señor, no podia ser de otra manera crucificado en Roma, sino en la persona de Pedro. Y volvió Pedro alegremente á padecer en su persona aquella cruz en que el Salvador queria otra vez ser crucificado, poniendo por obra lo que Pablo habia dicho: «Cumpro en mi carne lo que le faltó por padecer á Jesucristo por su cuerpo, que es la Iglesia.»

Y para concluir, dos cosas son las que se incluyen

en este ejercicio del amor. La primera, que cada uno de los amantes tenga parte en todos los bienes y males, y y en todo lo que el otro tiene y padece, bien así como si él mismo lo tuviera y padeciera. La segunda, que esto sea no por otro título que del amor con que yo me ofrezco á padecer sus males y le comunico liberalmente de mis bienes; que tanto es como decir (hablando al uso de las escuelas) que la caridad se ha de enseñorear tanto de nuestro corazon y de nuestras acciones, que ella ha de ser siempre la imperante, y las demás obras de cualquier virtud que sean, han de ser las imperadas, y mirar siempre el fin de la caridad, que es el bien del amado.

Concluyamos pues de lo dicho, que para el ejercicio de la union, el amor pide obras, y las obras piden amor. Porque el amor sin obras no es verdadero, y las obras sin amor no hacen la comunicacion entre las partes que pide la union de que hablamos. Háyase pues el hombre con Dios nuestro Señor, en esta correspondencia del amor, de la manera que se ha Dios con él. Y así como Dios ha hecho grandes obras en beneficio del hombre, y todas nacidas de su amor; así el hombre se esfuerce á hacer grandes obras en servicio de Dios, no por otro respeto ni motivo, sino por el del amor. Y guiados con este ejemplar del amor que tiene Dios al hombre, señalaremos los grados del amor con que ha de corresponder el hombre á Dios, y será declarar cinco pasos de la última jornada de la via unitiva, como lo hemos hecho en las dos pasadas.